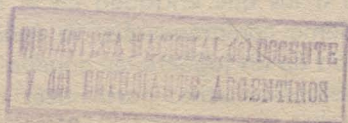


Una batalla

entre juguetes



UNA

BATALLA EN TRES JUGUETES



En aquellas Navidades, la tienda de juguetes de la Calle Alta estaba llena de existencias. Había allí grandes osos de felpa, fantoches con los pelos erizados, muñecas de cabello rubio, que andaban y hablaban, y unos maravillosos soldados montados en

más maravillosos caballos todavía.

Todos aquellos hermosos juguetes hallábanse en los estantes del escaparate, con objeto de que todo el mundo pudiese admirarlos. Detrás, se habían dispuesto los de precio más bajo.

Estos últimos estaban algo tristes, porque no podían ver muy bien a los que entraban en el establecimiento a comprar. Como comprenderéis, la época más interesante de la vida de un juguete, es aquella en que alguien entra en el establecimiento para hacer una compra. Y todos los juguetes esperaban ser comprados sin tardanza y verse ya acomodados en su nueva casa.

Una noche, los juguetes baratos expusieron sus quejas a los de más precio, rogándoles que les concediesen un espacio mayor en el escaparate.

—Ahí tenéis a ese enorme oso que se sienta en mi rabo—observó una rata de cuerda para justificar su queja.

—Y a mí—exclamó el muñeco de resorte, que permanecía encerrado en una caja—nadie puede verme salir de mi caja, porque tengo delante a ese gran fantoche.

—Pues nosotros estamos ocultos a más no poder—añadieron, a su vez, un perrito de color pardo, un gato rosado y un conejito azul.

—Deberíais alegraros—replicó el oso mayor, sin pizca de consideración.—Nadie tiene deseo de ver unos juguetes tan ordinarios como vosotros y menos todavía cuando pueden comprarnos a nosotros, que somos más bonitos.

—Pero hay personas que no pueden permitirse el lujo de comprar juguetes caros, como tú—observó una pepona de veinte céntimos.—En cambio, nosotros somos más convenientes para ellas. Además, te diré, oso presumido, que, según he podido enterarme, hay muchos niños que prefieren una muñeca como yo a todos los osos y demás espantajos como vosotros.

—No lo creo—contestó el oso.—Mírame, pepona. Yo y mis hermanos somos los mejores juguetes de la tienda.

—¡Eh, no tan aprisa! — exclamó, interviniendo, la muñeca más alta y de cabello rubio.— Estás diciendo tonterías, oso. Nosotras, las muñecas, somos los mejores juguetes del establecimiento y lo demuestra nuestro precio.

—Estás disparatando—contradijo el oso, sin ninguna educación.—Solamente las niñas os prefieren a vosotras y, en cambio, los niños y aun muchas niñas, nos dan preferencia. Os aconsejo, pues, que os calléis.

Las muñecas se irritaron mucho al oír tales palabras, pero al oso no le importó, sino que tanto él como sus hermanos empezaron a hacer muecas a las muñecas.

—Bueno será que nos escuchéis también a nosotros—gritaron de pronto y a la vez, los soldados de plomo, porque sólo tenían una voz entre todos.—Escuchadnos. ¡Somos los reyes de esta tienda! Tenemos espadas y fusiles, y somos también los más poderosos. Vosotras, las muñecas, y vosotros, los osos, no sabéis siquiera lo que estáis diciendo. ¡Los mejores somos nosotros! Dejaos de ilusiones.

Pero entonces los fantoches se irguieron a su vez y miraron ceñudos a los descarados soldados.

—¡Idiotas!—exclamó el fantoche más negro.—Todos vosotros cabrías en la caja de un solo fantoche. En cuanto a vosotros, osos, muñecas y soldados, estáis hablando a tontas y locas. Los fantoches negros somos los mejores, y los reyes de esta tienda y de todas las casas en que hay juguetes.

Os hubiera gustado haber oído chillar a las muñecas, gritar a los osos y entrechocar sus espadas a los soldados de plomo. Todos estaban irritadísimos.

Y la consecuencia de tan agria disputa fué que terminó la cosa en una gran batalla en la tienda, cosa de la que aun se habla en todos los establecimientos similares del país.

Las muñecas atacaron a los osos y empezaron a pegarles. Pero éstos replicaron con todas sus fuerzas. Los soldados desenvainaron las espadas y acometieron a los



LA DUEÑA DE LA TIENDA APENAS PODÍA CREER
LO QUE VEÍA

fantoches quienes, a su vez, se dedicaron a derribar a sus enemigos de plomo. Estos, al caer del estante en que se hallaban, iban a parar al suelo y algunos se rompían y quedaban inmóviles.

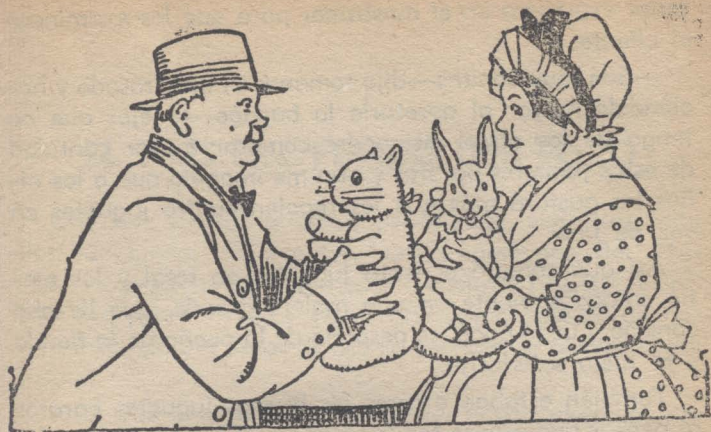
Por su parte, los juguetes baratos estaban asustadísimos. Se acurrucaron junto a la pared de cada uno de los estantes, sin moverse siquiera. No querían tomar parte en la lucha, pues les daba miedo la posibilidad de ser rotos y ya es sabido que un juguete que no está entero nunca se vende.

Cuando, finalmente, terminó la batalla, el espectáculo era espantoso. Todas las muñecas tenían los trajes rotos y tres de ellas aparecían con sus hermosos rostros destrozados. Los osos tenían varios desgarrones y numerosas partes de su cuerpo aparecían desprovistas de pelo, que les había sido arrancado por las muñecas. Y en cuanto a los soldados, a excepción de los que tuvieron la suerte de caer en una alfombra, todos los demás quedaron rotos o inservibles. Por su parte, los fantoches, aparecían con la chaqueta y los pantalones hechos tiras, por las espadas de los soldaditos de plomo.

A la mañana siguiente, cuando apareció en la tienda la dueña para hacer la limpieza, hubo de contemplar un espectáculo horroroso.

Con los ojos muy abiertos por el asombro, empezó a mirar a un lado y a otro sin atreverse a creer lo que estaba viendo.

“¿Qué habrá pasado aquí? — se preguntó. — Sin duda habrán entrado algunos gatos y destrozado estos juguetes. ¡Y precisamente los mejores son los más estropeados! Tendré que enviarlos a una casa de saldos, porque mis clientes no los comprarían.”



—MUY BONITO—OBSERVÓ EL COMPRADOR

Precisamente en aquel momento se abrió la puerta y penetró un hombre gordo y de alegre rostro.

—Buenos días—dijo.—He invitado a mi casa a unos veinte niños para celebrar las Navidades y necesito gran número de juguetes. ¿Tiene usted muñecas, osos, soldados y fantoches?

—Los tenía — contestó la buena mujer muy triste. — Pero vea usted, esta noche ha ocurrido algo raro y están todos estropeados.

—¡Qué cosa más extraordinaria! — comentó el comprador, sorprendido. — Pero no importa. Veo que aun le quedan muchos juguetes intactos. Compraré de éstos.

Entonces, con gran alegría por su parte, la rata de cuerda, el gato rosado, el conejito azul, el perro de color pardo y la pepona, así como el muñeco de resorte, que estaba en su caja, y otros muchos juguetes baratos, vié-

ronse expuestos en el mostrador para que los examinase el cliente.

—Son muy bonitos—dijo tomando el gato rosado y haciéndole mayar al apretarle la barriga.—Mejor que no tenga de los otros. Así podré comprar mayor cantidad de estos juguetes baratos y aun me imagino que a los niños les gustará más que les regalen cuatro juguetes en vez de uno

Así que compró ochenta juguetes en total y los metió cuidadosamente en una maleta grande, que llevaba consigo. Luego pagó, se despidió de la dueña de la tienda y se alejó satisfecho.

También estaban alegres los buenos juguetes baratos al pensar que pronto tendrían hogar y que algunos niños jugarían con ellos.

En cambio, los osos, muñecos, soldados y fantoches viéronse metidos en un saco, para ser vendidos a bajo precio. ¡Qué tristes estaban!

—¿Por qué estábamos tan envanecidos? — murmuró una muñeca.

—Nos van a tratar como si fuéramos basura—exclamó un oso, casi llorando de vergüenza.

—Ese es nuestro castigo por haber sido vanidosos—aseguró, por su parte, el mayor de los fantoches.—Ahora nos van a vender a diez o veinte céntimos la pieza, porque no valemos más. Pero, en fin, habremos de conformarnos y deberemos ser lo más amables que podamos con los niños a cuya casa vayamos a parar. Ahora que, ¡cuán tontos hemos sido!

EL PAÍS DEL FONDO DEL POZO

Una vez, y hace de esto muchos años, vivía una niña llamada Linda, que era tan bonita como una flor. Habitaba con su madre una modesta casita y trabajaba mucho. Era pobre y nunca en su vida había poseído un bonito traje, pero a pesar de eso su corazón se sentía alegre y feliz.

A la puerta inmediata y en una casita exactamente igual que la de ella vivía su prima, Filomena, con su madre. También era tan bonita como una flor, pero, en cambio, daba muestras de ser muy perezosa. Nada le gustaba más que hacerse trajes con retazos de seda y de satén; sentarse en el jardín con un libro en la mano, en tanto que su madre trabajaba sin cesar y reconviniendo a su perezosa hija.

—Como me casaré con un príncipe rico, no tengo necesidad de saber coser ni tengo por qué limpiar nada—contestaba Filomena a las reconvenciones maternas, irguiendo su linda cabecita. Y en seguida le pedía:—Dame algún dinero, mamá, y me iré a comprar una seda amarilla que ayer vi en el establecimiento del pueblo. Me sentará muy bien con mi cabello negro.

La madre de Linda no tenía necesidad de refunfuñar ni de disgustarse, porque la niña se ocupaba en su trabajo y nunca pensaba en gastarse su dinero en sedas en vez de comprar pan.

—Me casaré con un campesino laborioso—decía Linda



—COMO VOY A CASARME CON UN PRINCIPE, DE NADA ME SIRVE APRENDER A LAVAR Y A LIMPIAR

—de modo que he de aprender todo lo que pueda hacer su casa agradable. No quiero hallar ningún príncipe. Además, ninguno miraría siquiera a una pobre muchacha como yo, que sólo puede llevar un tosco delantal.

Un día, Linda fué al pozo en busca de agua y le ocurrió algo muy raro. Se inclinó sobre el brocal y, al mirar al fondo, dió un grito de sorpresa, pues vió un campo inundado por la luz del sol y no la superficie del agua.

Volvió a mirar, llena de incredulidad. ¿Cómo podía ser aquello? El pozo era profundo y creyó que debía de estar soñando.

A una lado de la pared interior del pozo había unos grandes clavos de hierro, con objeto de poder bajar hasta el fondo, en caso de que se cayese el cubo o la cuerda. Linda resolvió descender por ellos hasta la superficie del agua, para examinar mejor aquel extraño campo.



LINDA, ASOMBRADA, MIRÓ A SU ALREDEDOR

Así que subiendo el cubo, lo dejó sobre el suelo y luego emprendió el descenso.

Ya no cabía la menor duda de que en el fondo del pozo aparecía una extraña comarca. Linda extendió la mano hacia el agua, para tocar una flor que al parecer allí crecía, pero, al momento, desapareció el pozo y ella se cayó, yendo a parar a un campo.

Se puso en pie asombrada, y miró a su alrededor. Vió que el sol resplandecía y que había una senda que cruzaba aquel campo. Resolvió seguirla y echó a andar por ella.

De este modo, llegó a una casita, ante la cual pudo ver a una vieja muy pequeñita que iba vestida de negro y llevaba en la cabeza un extraño sombrero puntia-

gudo. La única nota saliente era un chal rojo que tenía sobre los hombros.

Linda pensó que, tal vez, sería una bruja.

La anciana se esforzaba en aserrar un poco de leña y, al mismo tiempo, gemía, exclamando:

—Esto es demasiado pesado para mí. Ya no tengo fuerzas. ¡Ojalá estuviese aquí **Kafilito**! ¡Es una lástima que esté enfermo!

Linda se compadeció al observar los esfuerzos de la anciana y corrió a ayudarla.

—Permitidme que haga eso — dijo. — Yo soy joven y fuerte.

En efecto, tomó la sierra y empezó a cortar una rama de grueso regular. La vieja le dió las gracias y se metió en la casa. Y en cuanto la niña hubo terminado, aquélla la llamó, invitándola a entrar.

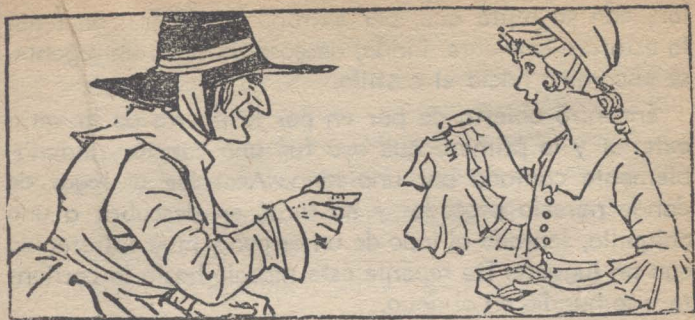
—Te he preparado una taza de chocolate y unos bizcochos — le dijo. — Estoy muy agradecida a tu bondad, porque yo no hubiera podido cortar esa leña. Mi criado **Kafilito** está enfermo y hoy no ha podido venir.

—Pues si queréis—le propuso Linda—me quedaré a ayudaros.

Luego refirió cómo había llegado allí desde el pozo y preguntó de qué manera podría volver a su casa.

—No te será posible hasta la puesta del sol—contestó la anciana.—Entonces verás aparecer un pozo enorme y si te diriges a él hallarás una puertecilla a un lado; de este modo regresarás a tu tierra. Ahora, si te quedas un rato conmigo y me ayudas a barrer y a limpiar las ventanas, te quedaré sumamente agradecida.

—Con mucho gusto—le contestó Linda.



—ALGÚN DÍA TE SERÁ ÚTIL—DIJO LA VIEJA

Y, en efecto, se dispuso a trabajar con el mayor entusiasmo.

Dos horas después todo brillaba y resplandecía en casa de la viejecita y ésta se mostraba muy satisfecha. Comieron juntas y luego, antes de que se marchara Linda, la dueña de la casa tomó una cajita del armario, la abrió y la joven pudo ver dentro un diminuto traje de seda, apenas mayor que un dedo suyo. Sin embargo, era muy bonito y en torno del vuelo de la falda tenía unas diminutas perlas.

—Esto te será muy útil algún día—le aseguró la anciana al entregárselo.

La niña no comprendió cómo aquel trajecito pudiese servirle nunca, como no fuera para vestir una muñeca. Sin embargo, lo aceptó agradecida y se lo guardó en el bolsillo.

Luego se despidió con el deseo de dar un paseo y explorar aquel extraño país, antes de la puesta del sol.

Se dirigió a una colina, en cuya cima vió un castillo. La vieja le había indicado que allí vivía el gigante Go-

lón, con su hijita que, por extraño que fuese, no tenía la estatura corriente. Linda, deseosa de ver a un gigante, se encaminó hacia el castillo.

Encontró abierta de par en par la puerta de la verja exterior y lo primero que oyó fué una canción, indudablemente cantada por una niña. Acercóse al lugar de donde parecía proceder y no tardó en descubrir a una chiquilla, sentada al lado de un arroyo y muy entretenida con un juguete. De repente éste resbaló hasta la corriente y se hundió en el agua.

La niña empezó a llorar amargamente y luego se dirigió hacia el agua, de modo que si Linda no hubiese acudido a tiempo para sujetarla, quizá se hubiera caído de cabeza a la corriente.

—¡Ten cuidado!—le dijo, poniéndola de nuevo en la orilla.—Yo recobraré tu juguete.

En efecto, se metió en el agua. Ésta resultó más profunda e impetuosa de lo que supusiera y tuvo que agarrarse para no verse arrastrada. Buscó el juguete de la niña y, por fin, lo pudo recobrar. Era un cochecito con sus caballos. Sin soltarlo, volvió a la orilla y entregó el cochecito a la niña. Hecho esto, se retorció el borde de la falda, que estaba mojado, y luego se frotó los pies con un pañuelo para secárselos.

—Juega conmigo, niña — pidió entonces la pequeña desconocida.

Y Linda accedió con gusto. Hemos de decir que se divirtió con aquel cochecito y sus caballos, porque tanto éstos como aquél parecían verdaderos y eran muy hermosos.

De pronto se oyeron unos sonoros pasos y Linda se puso en pie de un salto. Era el gigante que venía en busca de su hija. ¡Qué grande era! Mucho más alto que los

árboles y tenía los ojos como platos. La niñita se acercó al gigante y permitió que la levantase.

—Esta niña es Linda—dijo a su padre.—Gracias a ella no me caí al agua y además sacó el cochecito que había ido a parar a la corriente. ¡Mira qué mojada está! Si me lo permites, padre, le regalaré el coche con sus caballos.

—Puedes hacerlo—contestó el gigante.—Quizá algún día le serán muy útiles.

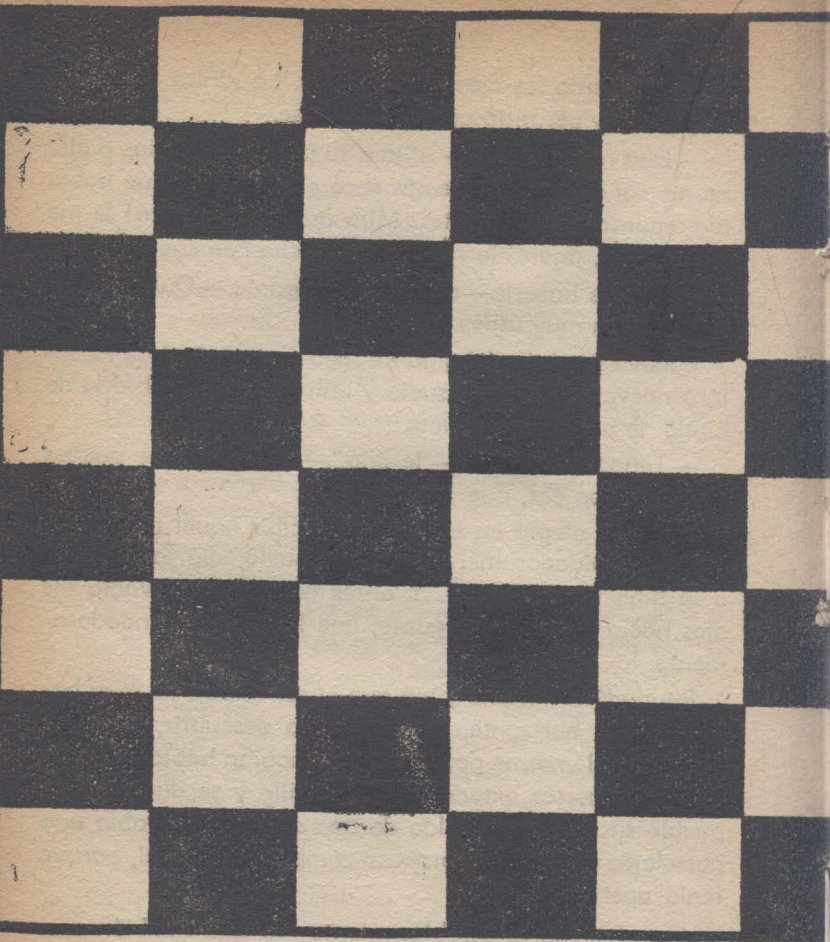
Entonces la hija del gigante rogó a su padre que la dejara nuevamente en el suelo y una vez se vió al lado de Linda, le ofreció el juguete.

—Tengo otro igual — le dijo, — de modo que puedes quedarte con ése, querida amiga.

Linda se alegró en extremo al recibir aquel regalo. Lo envolvió cuidadosamente en el pañuelo, dió las gracias a la niña y se despidió. Y antes de alejarse levantó los ojos hacia el enorme gigante, que le sonreía bondadosamente.

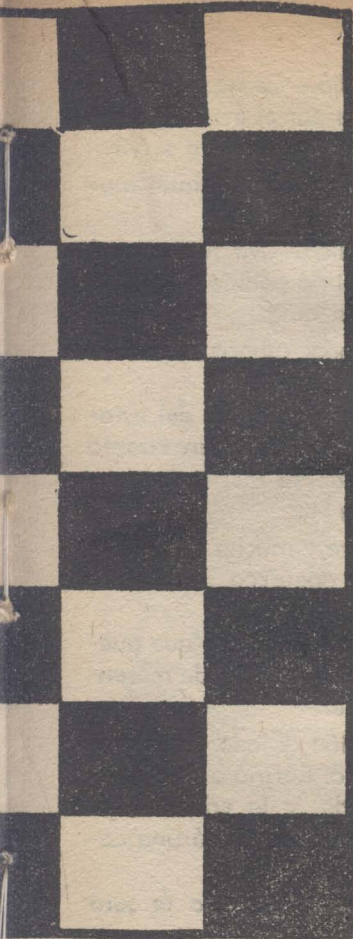
Reanudó el camino y vió que el sol estaba ya muy bajo sobre el horizonte, mas no pudo descubrir, por más que miró, el enorme pozo de que le habían hablado. Atravesó las puertas exteriores del castillo y se dirigió a un pueblo situado en la falda de una colina. Allí había una pastelería y la niña se propuso comprar un pastel, porque tenía apetito.

Al entrar en el establecimiento vió que también servían té, café y chocolate. Todas las mesas estaban ocupadas. Los clientes eran enanitos, duendecillos y gnomos. El dueño del establecimiento estaba muy atareado y apenas si con grandes trabajos podía servir a tanta gente. Linda se compadeció de él, al verlo casi congestionado.



EL ALEGRE GIGANTE Y LOS GNOMOS

Al Alegre Gigante le gusta mucho jugar con los pequeños Gnomos, y han inventado, de común acuerdo, un juego la mar de divertido, que os vamos a explicar: Lo primero es que dibujéis esto en otro papel o cartón y a mayor tamaño, para no estropear el cuento. También podéis utilizar un tablero de damas, si lo tenéis. Una vez terminado, y recortados los 12 circulitos representativos de los Gnomos, colocadlos en los cuadrados negros de las tres primeras filas; la ficha del Gigante se coloca en cualquier casilla negra de



puesto en cada jugada, ocupando siempre los cuadrados negros del tablero, en cualquier dirección. Los Gnomos son siempre los que empiezan el juego. Si un Gnomo queda inmediato el Gigante y la casilla que hay al otro lado del Gnomo está vacía, el Gigante salta por encima del Gnomo y se lo lleva a su casa, es decir, que aquel Gnomo desaparece del tablero, pero los Gnomos no pueden saltar sobre el Gigante. Si el Gigante salta sobre todos los Gnomos, gana él, y si los Gnomos encierran al Gigante rodeándolo de modo que no pueda hacer ningún movimiento, ganan ellos.

(La solución al laberinto misterioso de la semana anterior está en la pág. 32)

—Permitidme que os ayude—pidió.—Sé hacer té, poner manteca en el pan y otras cosas por el estilo. Yo me encargaré de prepararlo todo y vos os limitaréis a servir.

En efecto, así lo hizo y el pobre hombre se sintió mucho más aliviado.

—Hoy es día de mercado—explicó.—Mi mujer está enferma, de modo que yo solo no habría podido atender a todos. Eres muy bondadosa, querida niña.

—No vale la pena—contestó Linda, ruborizándose.—Y ahora, a trabajar.

Durante una hora, tanto ella como el dueño del establecimiento, estuvieron muy atareados, pero en cuanto todos los clientes hubieron terminado su merienda, ambos se sentaron para merendar a su vez.

—¡Dios mío, tengo mucha hambre y mucha sed!—exclamó el pastelero.—Toma lo que te apetezca, niña. ¿Qué quieres cobrar por tu ayuda?

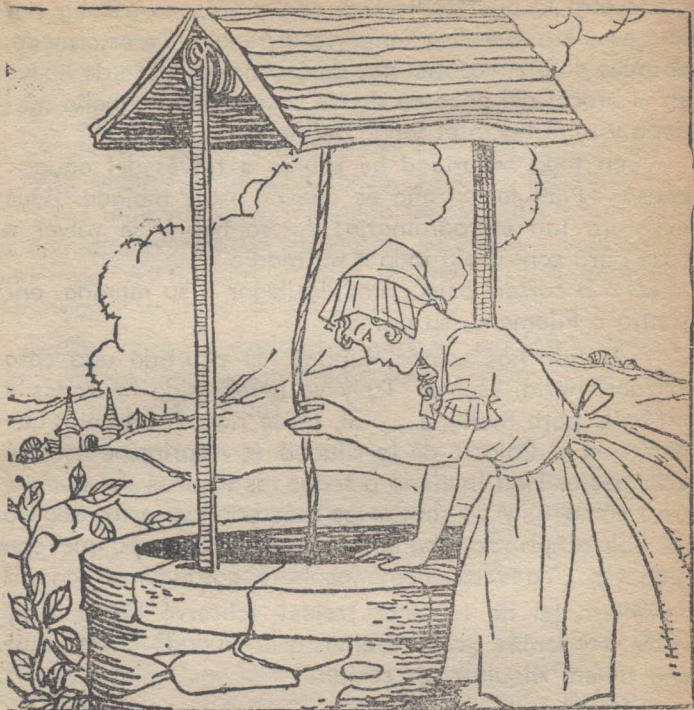
—Ni un céntimo—contestó Linda.—Siempre que puedo, me gusta hacer un favor. Además, me dais de merendar y ésta ya es una paga suficiente.

El pastelero entonces llevó a la niña al lado de su mujer, que estaba enferma y en la cama. Refirió a ésta cuán bondadosa se había mostrado Linda, y la enferma, al oírlo, metió la mano debajo la almohada y sacó una cajita amarilla.

—Toma eso — dijo a Linda. — Algún día te será útil.

Dentro había un extraño y diminuto collar de cuentas de vidrio, no muy bonitas. Linda pensó que nunca llevaría aquel adorno tan feo, pero no se atrevió a despreciarlo.

Preguntó luego dónde hallaría el enorme pozo y en



DE PRONTO LINDA SE VIÓ ASOMADA AL BROCAL
DEL POZO

cuanto se lo hubieron dicho, se despidió dando las gracias.

Atravesó el pueblo, subió por una colina y al otro lado vió un enorme pozo que crecía como si surgiese del suelo. Y en efecto, era que crecía. Linda se acercó a él corriendo, halló una puertecilla, la abrió y miró hacia arriba. A gran altura vió un espacio circular de luz del

día. Cerró la puertecilla tras ella y empezó a subir por una escalera que divisó a corta distancia. De este modo, después de algunos minutos de ascensión, vióse de nuevo en el brocal del pozo de donde sacara agua aquella mañana y miró hacia el fondo del agua.

“Con toda seguridad he subido a través del agua—pensó.—Pero lo extraño es que no estoy mojada. ¡Qué aventura tan extraordinaria! Ahora habré de volver a casa para contárselo todo a mi madre.”

Echó a correr, pero antes de llegar a su morada, encontró a Filomena, su prima.

—¿Dónde has estado, Linda? Ha ocurrido una cosa extraordinaria, ¿sabes? Tú y yo hemos sido invitadas a un baile para mañana... Sí, no te rías. A un baile que darán en el Palacio de la Ciudad. Y el príncipe asistirá a la fiesta. Han invitado a todas las jóvenes del pueblo, pero como tú y yo somos las más bonitas, estoy segura de que el príncipe bailará con nosotras más que con ninguna. ¡Ya verás como acabaré casándome con él!

—Pero ¡si no tenemos trajes!—observó Linda, muy triste.—Además, ¿cómo iremos a la ciudad? Cuesta mucho dinero alquilar un coche.

—Yo he pedido a mi madre un bonito traje—contestó Filomena—y también sé que alquilaré un coche para mí. ¿Por qué no haces tú lo mismo con tu madre?

—Yo no la trato como tú a la tuya. Si ella no puede facilitarme la manera de asistir al baile, no debo obligarla. Pero, óyeme, Filomena. Me ha ocurrido una aventura extraordinaria. Mira lo que he traído del País del Fondo del Pozo.

Mientras hablaban las dos primas habían llegado a casa de Linda.

La niña sacó la cajita que contenía el diminuto traje

bordado en perlas y la abrió. Luego puso sobre la mesa el coche con sus caballos, y finalmente extrajo del estuche el collar de cuentas de vidrio, mostrándolo a su madre y a su prima.

Luego les refirió con detalles su aventura.

Pero mientras estaba hablando, sucedió algo verdaderamente maravilloso. El trajecito empezó a crecer hasta adquirir las medidas necesarias para que ella pudiese ponérselo. Así lo hizo y pudo observar que le sentaba muy bien y la embellecía sobremanera.

—¡Oh, mirad!—exclamó Filomena señalando el coche y los caballos.—¡También crecen! ¡Ponlos cuanto antes en el suelo, Linda!

La joven, gozosa, se apresuró a hacerlo. Puso el coche en el suelo y vió que, en efecto, tanto el coche como los caballos adquirirían su tamaño natural, de tal manera que en pocos instantes pudo subir al vehículo. Los caballos herían el suelo con sus patas y agitaban sus empenachadas cabezas. El coche estaba adornado de piedras preciosas, de modo que Linda apenas podía dar crédito a lo que veía. Fijó luego la mirada en el collar que dejara sobre la mesa y, estupefacta, notó que también había aumentado de tamaño y que las feas piedras quedaron transformadas en magníficos diamantes. Púsose aquella joya en el cuello y entonces, realmente, Linda tuvo un aspecto magnífico.

—Las dos iremos al baile con este coche—exclamó, dirigiéndose a su prima.—¡Oh, qué bien! Pero ahora con vendría que el coche y los caballos se empequeñeciesen de nuevo, porque no tenemos sitio para guardarlos.

Apenas hubo expresado este deseo, cuando no sólo el coche y los caballos, sino también el traje y el collar ad-

quirieron su tamaño anterior y los brillantes se convirtieron otra vez en cuentas de vidrio.

Filomena, a todo esto, sentía unos celos enormes. Aquella joven codiciosa llena de vanidad, deseaba tener las mismas cosas que Linda y se dispuso a conquistarlas.

Preguntó a su prima cómo las había obtenido y escuchó atentamente.

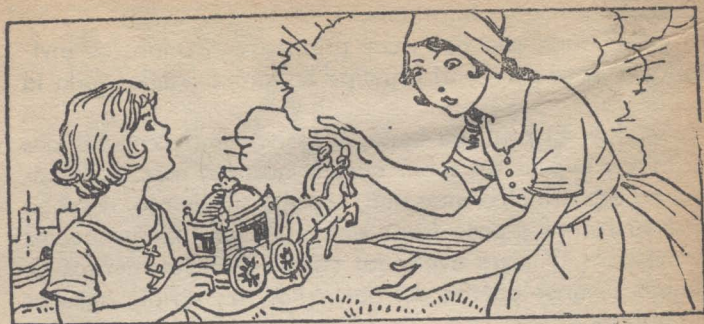
Al día siguiente, aprovechando un momento en que nadie la observaba, se dirigió al pozo, descendió al fondo y, poco después, llegó al campo soleado.

Recordando las explicaciones de su prima, se dirigió a casa de la vieja, llamó a la puerta y al observar que la buena mujer barría, se ofreció a hacer aquel trabajo en su lugar. Pero como era muy perezosa se limitó a meter el polvo debajo de una alfombra, aunque no se dió cuenta de que la dueña de la casa la observaba.

En cuanto le pareció que había terminado, se dirigió a la anciana, tendió la mano y le pidió un traje como el de su prima Linda. Aquélla la miró de un modo raro, sonrió y luego, dirigiéndose al armario, tomó una cajita, dentro de la cual había un traje semejante al de Linda.

Filomena lo tomó, dió presurosa las gracias, y salió corriendo.

Se encaminó luego al castillo del gigante y buscó a su hija. Vióla entretenida con un cochecito y unos caballos como los que diera a Linda y, sin molestarse en conquistar la simpatía de la niña, le pidió el juguete. La hija del gigante, sorprendida, se negó a dárselo, pero Filomena, decidida, se lo quitó y echó a correr. La niña empezó a llorar y luego profirió algunas palabras mágicas, pero Filomena no hizo caso.



—DÁMELO—ORDENÓ FILOMENA

Se dirigió, entonces, al pueblo y a casa del pastelero, a quien ofreció sus servicios, porque estaba muy ocupado y su esposa aun no había recobrado la salud. Pero se condujo con tanta torpeza y estropeó tantas cosas, que el pastelero, irritado, le ordenó a gritos que se marchara.

Pero ella no quiso hacerlo sin recibir un collar como el de Linda. El pastelero, quizá para librarse cuanto antes de ella, se metió la mano en el bolsillo y sacó un estuche que contenía un collar igual al de la prima de Filomena. Y ésta, muy satisfecha, regresó a su pueblo, subiendo por el pozo.

Una vez en su casa mostró los regalos a Linda y, en extremo alegre, dió a entender que ambas alcanzarían un gran éxito y se divertirían mucho.

En cuanto llegó la noche, las dos jóvenes se pusieron sus hermosos trajes y luego subieron a sus respectivos carruajes: Llevaban, como se comprende, los collares de brillantes y, al entrar en la sala de baile, tuvieron la suerte de que las viese el príncipe, que, de momento, se quedó sin saber por cuál de las dos se decidiría, porque ambas

jóvenes eran muy hermosas.

—Sin duda son dos ricas princesas—decían los invitados a la fiesta—y el príncipe bailará con ellas toda la noche.

Así fué. El príncipe bailó, sucesivamente, con las dos primas y seguía sin saber cuál le gustaba más. Pero como no era príncipe muy rico, aunque sí juicioso, deseaba que su futura esposa fuese entendida en los quehaceres domésticos. Y para averiguar cuáles eran los méritos de ambas jóvenes acerca del particular, les dirigió algunas preguntas.

—Sois muy hermosa—dijo a Linda.—Supongo que vivís en un hermoso palacio y que nunca en vuestra vida os habréis dedicado a guisar y a cuidar la casa.

—Os engañáis, príncipe—contestó Linda.—En casa de mi madre, yo me encargo de todos los quehaceres domésticos, principalmente de la cocina, y debo añadir que me alegro mucho de ser hábil en tales faenas.

—Bueno — contestó el príncipe muy complacido. — Hasta ahora nunca encontré una joven como vos. Y me extraña que sepáis hacer todo eso, si sois princesa.

—También os engañáis en eso—dijo.—Soy una campesina.

Y luego le refirió cómo había obtenido su traje, su collar y su carruaje. Y como el príncipe nunca había oído una historia tan extraordinaria, la escuchó embelesado y lamentó que terminase aquel baile.

Para el siguiente invitó a Filomena y le hizo las mismas preguntas que a Linda, pero su pareja, muy satisfecha de que el príncipe la confundiese con una princesa, mintió al contestarle:

—En efecto, vivo en un palacio de oro y plata, y me sirven cien esclavos negros. No me ocupó en otra cosa



EL PRINCIPE ENCONTRÓ MUY HERMOSAS A LAS DOS

que en ponerme hermosos trajes y escucho el canto de mis pájaros, que me dicen cuán hermosa soy.

Apenas hubo dicho estas palabras, cuando su traje se convirtió en andrajos, su collar volvió a ser una sarta de cuentas de vidrio y en cuanto al coche y los caballos se convirtieron en un carro viejo, tirado por una cabra.

Filomena enrojeció de vergüenza. Linda notó lo que ocurría y, corriendo a su lado, la metió en el coche. Pero cuando éste se ponía en marcha, llegó el príncipe corriendo y cogió la mano de la buena niña.

—Hermosa joven—dijo.—Consentid en ser mi esposa. Sois tan buena como hermosa y estoy seguro de que seréis la perla de las mujeres.



—BELLA NIÑA, CONSIENTE EN SER MI ESPOSA—
DIJO EL PRINCIPE

Como Filomena lloraba muy triste, Linda no contestó inmediatamente.

El coche partió, dejando al príncipe a la puerta del palacio. Pidió en el acto su propio coche, que siguió el mismo camino que el de Linda, de modo que antes de las doce de la noche ésta le prometió concederle la mano.

¡Cuán orgullosa estaba su madre! Pues tenía la convicción de que Linda merecía su buena suerte, ya que era tan bella como bien dotada de excelentes cualidades.

En cuanto a Filomena, no salió en varios meses de su casa, pues estaba muy avergonzada.

Llegó el día de la boda y el príncipe y Linda, terminada la ceremonia, se fueron a vivir, muy felices, al castillo del primero. En cuanto a Filomena, nadie la quería por perezosa. Un día se marchó y nadie ha vuelto a verla. Se asegura que fué a vivir al País del Fondo del Pozo, para servir a la vieja, pero nadie sabe la verdad de lo ocurrido.

LOS AROS MARAVILLOSOS

Había una vez dos pequeños gnomos, llamados Tolo y Baló. Les gustaban mucho los juguetes y poseían buen número de ellos.

Un día quedaron muy complacidos de sí mismos, después de fabricarse dos aros. Eran tan grandes como ellos y estaban pintados de multitud de colores. Y en el círculo interior de los aros colgaron numerosas campanillas.

Todos los demás gnomos, al ver los aros contruídos por Tolo y Baló empezaron a labrarse otros para sí mismos.

—Vamos a hacer una carrera—dijo un día Baló a los demás.—Podríamos empezar en un lado del pueblo y terminar en el opuesto.

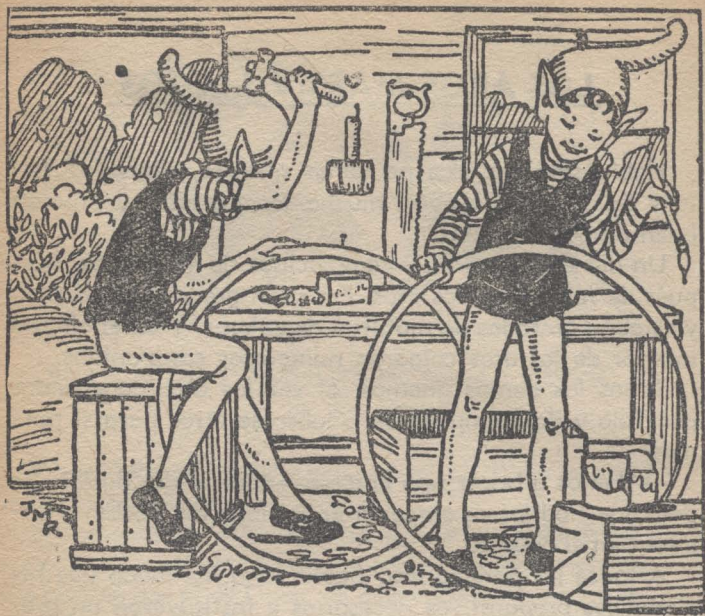
A todos les pareció muy buena idea, de modo que hicieron los preparativos necesarios e instituyeron un premio de tres monedas de oro.

—Si ganásemos el premio—observó Tolo—podríamos comprar dulces durante el año entero.

—Yo quisiera estar seguro de ganar—contestó Baló.—Ojalá pudiésemos obtener algunos palos que hiciesen correr nuestros aros con mayor rapidez que los otros.

Esta idea sumió a los dos en intensas reflexiones y, de pronto, Tolo tuvo una excelente idea.

—¡Ya sé lo que haremos!—exclamó.—Iremos, después de cenar, al jardín del brujo y cortaremos dos ramas del árbol de los deseos, que tiene allí. Las usaremos para hacer los palos que habrán de impulsar nuestros aros y, de este modo, alcanzaremos la victoria indudablemente.



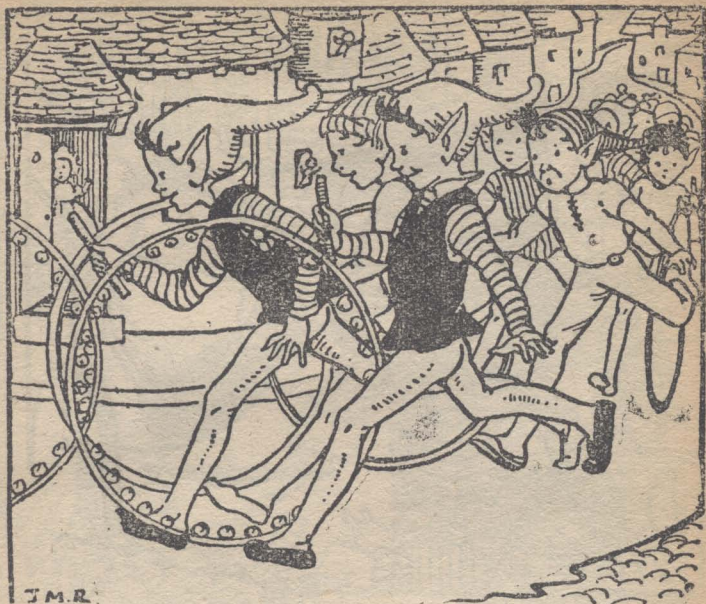
TOLO Y BALÓ SE CONSTRUYERON DOS HERMOSOS AROS

Aquella noche, en cuanto hubo obscurecido, los dos malvados gnomos llevaron a cabo su propósito.

Pero cuando ya habían cortado las dos ramitas y se marchaban, chirrió la puerta del jardín y el mago lo oyó.

—¡Ladrones!—exclamó.—¡Ojalá lo que habéis robado os traiga aquí para castigaros!

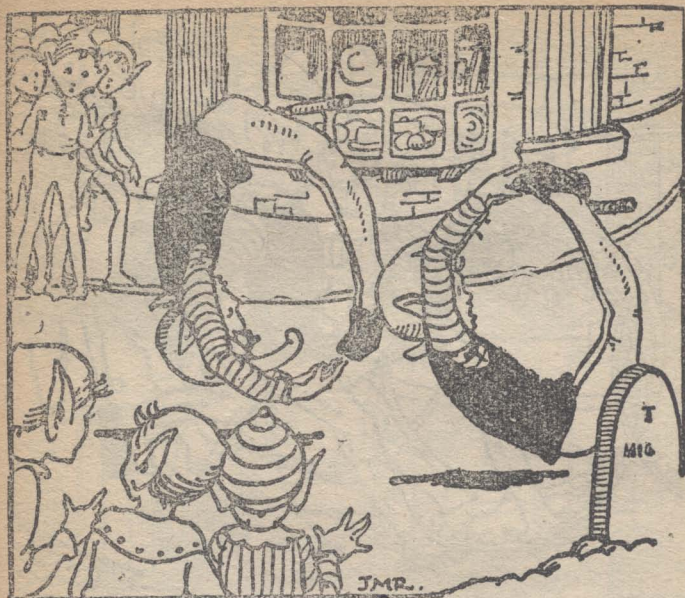
Los dos gnomos huyeron muy asustados, aunque no habían oído las palabras del mago, porque, de lo contrario, habrían tenido mucho miedo.



POR LA CALLE DEL PUEBLO CORRÍAN TODOS EMPUJANDO LOS AROS

Llegó al fin el día de la carrera y ambos, muy orgullosos, tomaron sus aros y se dirigieron al extremo del pueblo. El número de los concursantes era muy numeroso. Había aros de todos tamaños; algunos se parecían a los de Tolo y Baló y estaban provistos de campanillas.

Tolo y Baló habían fabricado dos palitos con las ramas tortadas del árbol de los deseos, en el jardín del mago. Aun no los habían probado, pero confiaban en que harán correr sus aros con mayor rapidez que los de sus rivales.



LOS PALITOS SALTARON AL AIRE Y EMPEZARON A GOLPEAR A LOS GNOMOS

Salieron todos a la vez y los aros corrían rápidos por la larga calle. Una veintena de gnomos seguían jadeantes, a los aros, pero Tolo y Baló precedían a los demás.

—¡Ganaremos!—exclamó Tolo.—Nuestros palos son maravillosos, pues hacen correr los aros con la rapidez del viento.

Pero ¡Dios mío, lo que ocurrió en cuanto hubo terminado la carrera! Tolo y Baló ganaron fácilmente, pero cuando iban a entregarles el premio, se vió algo raro. Encorvándose sus manos y sus pies, poniéndose en contacto y, ellos mismos, empezaron a rodar cual si fuesen aros.



EL MAGO REGABA EL ÁRBOL DE LOS DESEOS

Y ¿qué hacían mientras tanto los palos? Saltaron al aire y empezaron a golpear a los gnomos, que rodaban con una rapidez extraordinaria. Cada golpe les producía una contusión y en vano fué que ambos aritasen de miedo y de dolor.

Recorrieron a la inversa toda la calle del pueblo, sin dejar de recibir palos y, por último, penetraron en la casa del mago.

Éste se ocupaba en regar el árbol de los deseos y, de

pronto, vió entrar, rodando, a los dos gnomos. Dejó la regadera y, muy alegre, se echó a reír.

—¿De modo que vosotros sois los ladrones?—exclamó al fin.—¡Qué espectáculo tan divertido! ¡Os propusisteis robar un par de ramas de mi árbol para ganar con malas artes!—dijo.—Bueno, ya habéis visto el castigo. ¿Queréis guardaros los palitos de vuestros aros? Ellos tendrán mucho gusto en apalearos sin cesar.

—¡De ninguna manera!—exclamaron los gnomos, llorando amargamente.—Quédeselos usted, señor Mago, y haga el favor de perdonarnos. Obramos muy mal, pero no volveremos a engañar a nadie. Bastante castigados estamos ya, puesto que, por otra parte, hemos perdido la carrera. Permítanos marchar.

El mago pronunció unas palabras y los dos palitos, de un salto, fueron a ocupar en el árbol el sitio que les correspondía. Los gnomos, por su parte, pudieron ponerse en pie y, sucios y doloridos, volvieron a su casa.

—¡Nunca más volveremos a hacer trampas!—juráronse uno a otro.

Y podéis estar seguros de que cumplieron su palabra.



Solución al laberinto misterioso de la semana anterior.